
Maternidad: la recuperación de los textos demoniacos*

Ann Snitow

A los 47 años, no soy madre, un hecho que gradualmente ha cambiado su significado social conforme yo y el movimiento feminista hemos ido madurando juntos. Recientemente, comencé a preguntarme si el feminismo está tratando de resistir la oleada de pronatalismo en la que vivo ahora (¿o es que a veces se agudiza?). Parece que es hora de leer una muestra amplia y ecléctica de lo que el feminismo moderno de Estados Unidos tiene que decir sobre la maternidad.

Deseaba encontrar una crítica fuerte y clara de la prescripción que convierte la maternidad en una obligación para todas las mujeres, pero lo que encontré en su lugar fue una crisis creciente de autoridad: ¿quién puede estar autorizada para criticar el pronatalismo o para cuestionar el deseo de ser madre? Las madres sienten que emprender esta tarea es malicioso; ellas ya tienen a sus criaturas, de todos modos. Y a las que no tienen hijos(as) se le hace fácilmente sentir que su crítica es una especie de uvas verdes. ¿Acaso la comunidad lesbiana habla con entusiasmo desvergonzado de la vida libre de hijos(as)? Por lo pronto, no. Es mucho más típico en este momento el libro *Politics of the Heart: A Lesbian Parenting Anthology*.¹ Ni siquiera las madres que han tenido hijos(as) en contra de su voluntad están en posición de quejarse; temen lastimarlos(as) si se enteran de que no fueron deseados(as).

Mi lectura me mostró que el feminismo estaba listo para romper esos tabúes narrativos —los que rodean a las madres y a las que no son madres— pero, por una variedad de razones, hemos sido más capaces

* Tomado de Irene Reti (comp.), *Childless by Choice: A Feminist Anthology*, HerBooks, Santa Cruz CA., 1992.

¹ Políticas del corazón: una antología sobre progenitura lesbiana [T.] Sandra Pollack y Jeanne Vaughn (eds.), Firebrand Books, 1987.

de escuchar las voces de las madres que de imaginar una vida plena sin maternidad. Para entender cómo surgió esta asimetría, empecé a construir una línea en el tiempo sobre la forma en que el feminismo ha abordado la maternidad. Aunque el registro es complejo, distingo tres distintos periodos a lo largo de esa línea. Primero, de 1963 (Friedan, desde luego) a 1974 más o menos —el periodo de lo que he llamado los “textos demoniacos”, por los que no hemos parado de disculparnos desde entonces. Segundo, 1975-1979, el periodo en el que el feminismo trata de abordar el tema de la maternidad, criticar la institución, explorar las experiencias reales, teorizar las implicaciones sociales y psicológicas. Hacia 1979, por un vuelco masivo en la política del país entero, el trabajo de algunas feministas también pasó, de discutir la maternidad, a discutir las familias. La esperanza feminista de romper el vínculo de hierro entre la madre y la criatura parece haberse desvanecido, excepto en términos retóricos, tal vez de manera definitiva con esta ola.

Voy a tratar —brevemente— de sustentar esta periodización, pero primero un recordatorio: el fragmento particular de historia intelectual feminista que estoy explorando aquí sigue muy de cerca la trayectoria de la generación del *baby boom*, lo que los demógrafos llaman “el ratón adentro del pitón”, una gran protuberancia que se mueve a través de las décadas. La cultura que creó este grupo, incluida la cultura del feminismo, configura la época que estoy describiendo aquí. Para las jóvenes, el siguiente tramo de la línea sigue siendo un misterio. Los debates actuales sobre el significado real del embarazo de las adolescentes negras y la baja tasa de matrimonio y fertilidad entre las estudiantes de las universidades proporcionan pistas acerca de la manera en que las mujeres pueden estar experimentando ahora la ubicación de los hijos(as) en sus ciclos de vida. Que muchas de ustedes vayan a tener experiencias e ideas sobre el significado de la maternidad que no corresponden con este esquema es un pensamiento halagüeño.

Periodo I: 1963-1974 (más o menos)

1963 es el año de *La mística de la feminidad*.² Las deficiencias de ese libro son bien conocidas. Muchas han criticado el clasismo, el racismo, la

² Júcar, 1974.

homofobia y los falsos universales de Friedan. Pero ella misma ha ignorado todo ello y ha criticado su libro sobre diferentes bases. En *La segunda fase* (1981),³ Friedan culpa a su libro anterior de ir en contra de la familia, de tratar de privar a las mujeres de los hijos(as) y de exagerar la autonomía individual de las mujeres. De hecho, *La mística de la femineidad* es más bien blanda en esos puntos. Pero es el primero de mis “textos demoniacos”, con lo que quiero significar libros satanizados, por los que se tiene que pedir perdón, interminablemente citados fuera de contexto para probar que el feminismo del inicio de los setenta era —con las palabras de la retractación de Friedan— “extrañamente ciego”.

El más famoso de los textos demoniacos es *La dialéctica del sexo*⁴ (1970). Este libro es usualmente el punto de partida para discutir cómo el feminismo ha sido “extrañamente ciego” respecto de la maternidad. Ciertamente, hay en él pocos enunciados que Firestone no modificaría si estuviera escribiendo con la misma intención el día de hoy. Su entusiasmo acrítico por la cibernética, su asco autoescarnecido ante el cuerpo embarazado (“el embarazo es barbarie”), su imagen del cuerpo femenino como la prisión de la que una ciencia benigna y no patriarcal habría de liberarnos han caducado todos ellos. Finalmente, sin embargo, es su tono con lo que no podemos identificarnos, la atmósfera de especulación libre y desvergonzada. *La dialéctica del sexo* es un ejemplo de escritura utópica, y parte de la satanización de este texto surge de una lectura que se equivocó de género. Todos coinciden en denominarlo un libro que odia a las madres. Busquen en sus páginas: no encontrarán ninguna evidencia de ese odio. El trabajo de Firestone es reactivo y retórico. El punto es siempre “destronar el patriarcado”, no a las madres.

Desde luego, hay textos verdaderamente demoniacos dentro del feminismo, trabajos inexpertos como unos pocos de los ensayos de la colección *Pronatalism: The Myth of Mom and Apple Pie*⁵ (1974), que rechaza la crianza de las criaturas porque ensucian las alfombras blancas y una preferiría tener dinero extra para comprarlas. Pero tales momentos son raros. En mi búsqueda por un odio-contra-las-madres feminista

³ Plaza y Janés, 1983.

⁴ Shulamith Firestone, *La dialéctica del sexo: el caso para la revolución feminista*, Kairós, 1976.

⁵ Pronatalismo: el mito de mami y el pay de manzana [T.] Ellen Peck, Crowell, 1974.

temprano lo que encontré fue —sobre todo— su ausencia. En las principales antologías, como *Sisterhood is Powerful*,⁶ *Women in Sexist Society*⁷ y *Liberation Now!*⁸ ni siquiera hay muchos artículos sobre algún aspecto de la maternidad. No es extraño, realmente. El ratón apenas había empezado a entrar al pitón; la mayoría de las escritoras eran jóvenes.

Our Bodies / Ourselves,⁹ que era un folleto recién impreso en 1971, refleja una época en la que el feminismo había establecido un áspero autocuestionamiento sobre la maternidad. En el apartado “Pregnancy”, una encuentra cosas tales como: “Nosotras, como mujeres, crecemos en una sociedad que sutilmente nos conduce a creer que encontraremos nuestra máxima realización al vivir nuestra función reproductiva...”. Pero pronto, muy pronto, este cuestionamiento perentorio y radical fue malinterpretado como un ataque en contra de las amas de casa. Esto ha sido de lo más efectivo como instancia para dividir y vencer. Hacia el final de la década de los setenta, tanto las madres como las que no eran madres estaban a la defensiva. Qué triunfo del *backlash*.

Periodo II: 1975-1979

Con el reluciente *Ourselves and Our Children*¹⁰ de 1978, nos encontramos en un mundo feminista diferente. El libro reconoce que, “hasta muy recientemente”, tener un bebé no era realmente considerado una decisión, pero entonces pasa a asumir que ahora todo eso ha cambiado, y termina con este enunciado tremendo: “Actualmente, 5% de la población ha declarado sus intenciones de permanecer sin hijos(as)”. Se trata de un texto liberal, que celebra la variedad sin preocuparse demasiado por sus inicuas consecuencias. Tanto la gente que ha decidido tener

⁶ La hermandad es poderosa [T.] Robin Morgan (ed.), *Sisterhood is Powerful. An Anthology of Writings from the Women's Liberation Movement*, Vintage, 1970.

⁷ Las mujeres en la sociedad sexista [T.] Vivian Gornick (ed.), *Women in Sexist Society: Studies in Power and Powerlessness*, Basic Books, 1971.

⁸ ¡Liberación ahora! [T.] Deborah Babcox y Madeline Belkin (eds.), *Liberation Now! Writings from the Women's Liberation Movement*.

⁹ *Nuestros cuerpos/nosotras mismas* del Boston Women's Health Book Collective.

¹⁰ Nosotras mismas y nuestras criaturas [T.] Boston Women's Health Book Collective, *Ourselves and Our Children: A Book by and for Parents*, Random House, 1978.

hijos(as) como la gente que ha decidido no tenerlos(as) es citada en la misma extensión, pero el resultado estructural es un pluralismo sin propósito, una serie de cuestiones de forma de vida y no de política.

Pero estoy usando la palabra “liberal” en forma peyorativa; éste, mi segundo periodo, también es liberal en el mejor sentido de la palabra: una época de libertad de expresión, investigación más amplia, rechazo de la ortodoxia, apego a la realidad práctica. En esos años comenzó el trabajo feminista de exploración de la maternidad: 1976 vio la publicación de *Nacida de mujer* de Adrienne Rich,¹¹ *La sirena y el minotauro* de Dorothy Dinnerstein,¹² *The Mother Knot*¹³ de Jane Lazarre y *Women's Body, Women's Right*¹⁴ de Linda Gordon. En ese año también, el feminismo francés empezó a adquirir poder en el pensamiento académico feminista de Estados Unidos. *Signs* publicó “La risa de la Medusa” de Hélène Cixous, que contenía las siguientes palabras, que de inmediato se hicieron controversiales: “Siempre hay, dentro [de la mujer] por lo menos un poco de aquella buena leche materna. Ella escribe con tinta blanca”. Misterios y provocaciones que ¡introdujeron un diluvio!

1978: *The Reproduction of Mothering*¹⁵ de Nancy Chodorow y *Black Macho and the Myth of the Superwoman*¹⁶ de Michele Wallace. Estos libros fueron acontecimientos. El trabajo intelectual del feminismo tiene su renacimiento en estos años.

En su introducción a un brillante número especial de *Feminist Studies* sobre la maternidad en 1978, Rachel Blau DuPlessis hizo los honores a lo que Adrienne Rich estaba tratando de hacer en *Nacida mujer*: separar el maternazgo de la institución patriarcal denominada maternidad. Pero entonces, DuPlessis empezó a lamentar que Rich pudiera estar exagerando, que privilegiara de manera excesiva al cuerpo. “Si, en el proceso de tocar lo físico —escribió DuPlessis—, Rich quiere encontrar aquella esencia que va más allá del conflicto, el lugar donde todas las mujeres

¹¹ Noguera, 1978.

¹² *The Mermaid and the Minotaur. Sexual Arrangements and Human Malaise*, Harper Colophon, 1976.

¹³ El vínculo materno [T.] McGraw-Hill, 1976.

¹⁴ Cuerpos de mujeres, derechos de mujeres [T.] *Women's Body, Women's Right: A Social History of Birth Control in America*, Grossman, 1976.

¹⁵ *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y la paternidad en la crianza de los hijos*, Gedisa, 1984.

¹⁶ El macho negro y el mito de la supermujer [T.] Warner Books, 1983.

necesariamente se encuentran, la esencia de una mujer, pura sangre, no puedo seguirla". Discusiones como ésta inauguran nuestros continuos debates sobre el esencialismo, el cuerpo y la construcción social.

DuPlessis hace la más abarcadora e inquietante pregunta política del periodo: ¿qué construcción de la maternidad es productiva para el trabajo feminista? Si le tomamos la palabra a Dinnerstein, estamos tratando de que los hombres sean madres. Si seguimos a Rich, nuestras energías se mueven hacia la construcción de una cultura femenina capaz de soportar no sólo a las mujeres sino también a sus criaturas. La teoría feminista todavía está lejos de ordenar las implicaciones del activismo.

Es importante agregar, sin embargo, que justo a la mitad de este periodo, en 1977, pasó la primera Enmienda Hyde; perdimos el aborto de Medicaid [gratuito]. El aborto —la escena primaria de esta ola— que habíamos ganado para nuestra sorpresa en 1973, sólo fue accesible para todas las clases durante cuatro años antes de que este derecho empezara a escapárseles de las manos.

Periodo III

Mi segundo periodo termina —y comienza el tercero— con el brillante artículo pionero de Sara Ruddick de 1980, "Maternal Thinking". Ruddick se tomó en serio la cuestión de qué es lo que mujeres realmente hacen cuando son madres. Desarrolló una rica descripción de lo que ella llamó "práctica maternal" y "pensamiento maternal", y su artículo tantas veces reproducido ha sido leído, malinterpretado y expropiado en una gran variedad de argumentos. ¿Es la maternidad realmente una práctica separable? ¿Son sus características especiales capaces de traducirse en poder público para las mujeres? ¿Tiene la maternidad la universalidad que el trabajo de Ruddick implica? ¿Conducen los diferentes argumentos (también desarrollados por Carol Gilligan en 1981)¹⁷ a una vigorosa política feminista?

Ruddick aporta una de las mejores descripciones feministas de por qué las mujeres están tan profundamente involucradas en la experiencia maternal, incluso en condiciones muy opresivas. Su trabajo es un canto a la maternidad —polifónico, sin edulcorantes, pero de todas

¹⁷ *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*, FCE, 1985.

maneras es un canto. “Maternal Thinking” es la respuesta más completa, desde Adrienne Rich, al llamado a terminar con mi primer tabú, el tabú acerca de hablar de la vida de la madre. Deja mi otro tabú, el de la viabilidad de la elección de no ser madre, sin tocar, pero esto bien podría haberse interpretado como negligencia benigna en cualquier otro año que no fuera 1980. No era parte de la intención de Ruddick publicar su trabajo en el mismo año en que Reagan fue electo; sin embargo, la coincidencia es, según pienso, parte de esta pequeña historia del feminismo que habla acerca de la maternidad.

Ruddick sostiene —con mucha razón— que su texto es anti-reaganiano: incluye a los hombres como madres; incluye a las lesbianas como madres; demanda apoyo público para el trabajo de las mujeres. Pero es extremadamente difícil darle la vuelta al reaganismo con la mera proliferación de formas de familia. La izquierda lo intentó; el feminismo lo intentó; todos fracasaron. (Estoy pensando en la organización de Friends of Families de Michael Lerner. Estoy pensando en la Asamblea sobre el futuro de la Familia de NOW en 1979. Estoy pensando en *La segunda fase* de Betty Friedan.) Las mujeres, no las familias, siguen siendo quienes hacen casi todo el trabajo doméstico.

Mi línea del tiempo para los años ochenta es un registro de frustración, atrincheramiento, derrota y pena. Aparte del caso de Baby M., en 1986-87 aparece *Sacred Bond*¹⁸ de Phyllis Chesler; el mero título hubiera sido impensable una década antes. Ciertamente, las cosas no se movían hacia nuestro lado, y los estudios donde eso se probaba proliferaron. He ahí a Chesler sobre la injusticia de las leyes referidas a la custodia de los hijos(as) y las aterradoras cifras de Lenore Weitzman sobre lo que le ocurre a las mujeres después de un divorcio sin fallo.

1986: mi año pico para el *backlash*, por lo menos parcialmente internalizado por el feminismo, nos entrega la novela *The Good Mother*¹⁹ de Sue Miller y *A Lesser Life*²⁰ de Ann Hewlett. En esta temporada particularmente cruel —en la cual las madres hacen todo lo que hacen sin apoyo social— Hewlett quiere protección. Una vez que se autodefinió como feminista, no ve sino hipocresía liberal en los modelos de igual-

¹⁸ Vínculo sagrado [T.]

¹⁹ La buena madre [T.]

²⁰ Una vida menor [T.] *A Lesser Life. The Myth of Women's Liberation in America*, Warner Books.

dad legal. Hewlett culpa al feminismo por no plantear demandas ante el estado. Desde luego, las planteamos. Una puede argüir que la suposición de Hewlett de que las mujeres inevitablemente llevarán a cabo la mayor parte de la crianza de los hijos(as) es también ampliamente compartida por los hombres que están en el poder, y que esta actitud en sí misma es una de las causas de la dificultad que entraña obligar al estado a que haga el trabajo.

Hay excepciones en el pensamiento del *backlash* en la línea del tiempo de los años ochenta —por ejemplo, Rosalind Petchesky en su libro sobre aborto de 1984—²¹ aunque varias de ellas dieron como resultado libros y artículos publicados en otras partes. (Creo que mi línea no funciona en otros países.) Y aunque de manera escabrosa, las mujeres están viviendo ya básicamente nuevas historias, están haciendo cambios graduales. Pero en el frente político, ya pasó mucho tiempo desde que las feministas que demandaban el aborto pusieran en el centro la idea de que uno de los buenos usos que se le puede dar a este derecho es el de no tener hijos en absoluto. Corregidas en los años reaganianos, las estrategias a favor de la legalidad del aborto comprensiblemente han destacado el derecho a esperar, el derecho a espaciar los nacimientos, el derecho a tener sólo hijos(as) deseadas(os). Temieron involucrar alguna imagen que pudiera ser leída como una retirada femenina del rol nutricional. Estamos —en este periodo de reacción— elaborando, extendiendo, reinstitucionalizando la maternidad para nosotras mismas. Nunca había sido el bebé tan delicioso. Una teórica feminista me dice que está más orgullosa de su nuevo bebé que de todos sus libros.

No pretendo criticar estos profundos sentimientos, sino de situarlos. En 1970, las madres feministas, como todas las madres, estuvieron brevemente a la defensiva, y las descripciones extáticas de la maternidad eran en sí mismas un tabú. Pero ahora, de 1980 en adelante, nos hemos disculpado una y otra vez por haber emitido una palabra inexperta, clasista, inmadura o narcisista en contra de la maternidad. En su lugar, hemos elogiado el heroísmo de las mujeres que crían a sus criaturas solas o en la pobreza, y usualmente en ambas circunstancias. Hemos abrazado la función nutricia, a veces deseando que los hombres compartieran esta ética sin demasiadas esperanzas de que lo hicieran, y

²¹ *Abortion and Woman's Choice*, Northeastern University Press.

hemos seguido militando, preocupadas por los niños(as) (en 1988 nacieron más primogénitos(as) que en ningún otro año registrado) y haciendo el 82% del trabajo doméstico. Las quejas tienen ahora una manera de sonar monstruosas, inclusive para nuestros propios oídos.

En tiempos de *backlash* como éstos es fácil para los opositores al feminismo insistir en que la irritación frente a la opresión es en realidad una irritación ante las criaturas o las madres. La nueva derecha ha sido brillante al darle alas a este deslizamiento. La culpa complica la ira feminista y frena el activismo feminista. He aquí la culpa de las madres hacia sus criaturas, y la culpa de las que no son madres porque evadieron los dramas centrales de la vida de intimidad y separación descritos tan bien en la escritura feminista sobre la maternidad.

De modo que, en conclusión, ¿qué? No es parte de mi argumento decir que las mujeres no deberían querer tener hijos(as). Esto sería trivializar la complejidad de los deseos, llamar al maternazgo una suerte de falsa conciencia, una sugerencia desdeñosa. Las mujeres han incorporado mucho en su maternidad, pero una pregunta para el feminismo seguramente sería: ¿queremos que esta nueva identidad tan amplia, la de madre, se expanda o se contraiga? ¿Qué tan especial queremos que sea la maternidad? Mi lectura hace más obvio que nunca que las feministas difieren completamente en este punto, o más bien que hay muchos feminismos, y que son diferentes particularmente en este punto. Y he aquí otro nido de víboras: ¿quieren las feministas que los hombres se conviertan también en madres; es decir, que asuman primariamente responsabilidades en el cuidado de las criaturas?

Una vez más, el trabajo feminista en este punto se desvía salvajemente, es oscuro. Las mujeres preguntan, por ejemplo, "¿pueden los hombres ser realmente nutricios?". Y detrás de esa duda, o ese insulto, se esconde el reconocimiento del poder psicológico que tienen las madres. Por qué renunciar a ello, podemos preguntar también. Esta ola del feminismo fue un gran estallido de indignación. Sospecho que es importante para nosotras sentir que los hombres ya no son necesarios, particularmente dado que muchos hombres se van antes de que la criatura cumpla dos años. Hasta donde el patriarcado significa la ley protectora del padre, el patriarcado se acabó.

Encuentro que somos más bien cínicas en los que se refiere a la posibilidad de obtener la ayuda de los hombres o del estado. Como hemos obtenido tan pocas victorias, las mujeres tienden a adoptar aho-

ra una suerte de postura de Madre Coraje: un largo sufrimiento, a veces casi una parodia de ser incansables. No obstante, se me ocurre, finalmente, que esta imagen que estoy pintando es demasiado desoladora. ¿Cómo recibimos e interpretamos nosotras las feministas el hecho de que las mujeres están votando con los pies en la tierra, se están casando tarde, usan anticonceptivos, abortan y tienen menos hijos(as)? ¿Habrá oportunidades para el feminismo enterrado en estos amplios cambios demográficos?

¿Bajo qué bandera vamos a enarbolar nuestras demandas por las madres? Me gustan más las construcciones de género neutral de nuestra cohorte de brillantes abogadas feministas. Sin embargo, como ellas habrían de señalarlo primero, las demandas de género neutral —por licencias para progenitores, por incapacidad, por custodia ciega al género— tienen su precio a corto plazo. Cedemos en algo, un privilegio especial incrustado en la cargadísima palabra “madre” que no recuperaremos instantáneamente en la forma de libertad y poder. Estamos hablando de un lento proceso de cambio. Renunciar a la exclusividad de la maternidad será percibido irremediablemente por muchas como una pérdida. Sólo una tonta suelta algo presente por algo intangible y especulativo (Juanito cambia la vaca por un puñado de frijoles). Pero incluso si no podemos todavía imaginar nuestro pasaje desde aquí hasta allá, desde el control sobre la maternidad hasta una paternidad/maternidad compartida, ¿tampoco habremos de hablar sobre ello y estructurar nuestras demandas? Un epigrama toma forma en mi cabeza: “El solo hecho de que no puedas tener algo no significa que no lo quieras o que no vayas a pelear por ello”.

Déjenme terminar con una analogía precautoria: en el siglo XIX, la idea fija del feminismo era el voto. Lo ganamos, pero fue difícil hacerlo significar algo más grande, convertirlo en una fuente de autoridad pública para las mujeres. En nuestra ola, la idea fija ha sido el aborto. Si tenemos suerte, y si trabajamos duro, podemos ganarlo. Pero habrá mucha resistencia antes de permitir que el derecho al aborto se expanda hasta su último significado potencial. Parece —por lo pronto— que realmente queremos abortos. Y este derecho trae consigo la semilla de nuevas identidades para las mujeres.

Traducción: Hortensia Moreno